



La segunda y última caída de Ortega

 Cristiana Chamorro Barrios

 05/08/2016

La primera etapa de este gobierno de Daniel Ortega, la vamos a recordar como un periodo de “tranquilidad incierta”, aunque bajo protesta de quienes creemos que la estabilidad económica no debe ser a costa de la democracia y el Estado de derecho.

Después de la próxima farsa electoral en noviembre, y la entronización formal de la pareja el 10 de enero del 2017, seguramente hablaremos de nuestro país, como se habla de Venezuela: “Las cosas están bien mal y van a empeorar, ¿cuánto más puede ser?” Un paralelo que ya flota en el ambiente, con una sola conclusión: la certeza que caminamos con paso firme hacia los últimos años del danielismo en la historia del poder en Nicaragua.



53 COMPARTIDO     +

Muchos apuestan a un tema de edad y de salud de Ortega, una verdad que ya choca con sus deseos de eternidad mesiánica. La selección de su esposa Rosario Murillo como compañera de fórmula refuerza esta tesis que supuestamente asegura la sucesión dinástica en caso de retiro anticipado como lo hicieron sus mentores, Fidel Castro y Hugo Chávez.

Pero la esposa del presidente en la Vicepresidencia no es garantía de continuismo. Su nombramiento solo confirma que Ortega está débil, no quiere trabajar al punto que fue derrotado por Rosario en la disputa interna del poder alrededor del danielismo. Sin embargo, él y su vieja guardia saben que la suerte de Murillo depende de la de Ortega y la de este, del trabajo de ella.

A diferencia de las recientes herencias dictatoriales en Cuba y Venezuela aquí no está planteada la inmediata ausencia plena del líder, sino una codependencia de pareja que necesitaba institucionalizarse y saldar algunas cuentas familiares pendientes para seguir funcionando igual.

La segunda caída del orteguismo comenzó hace dos meses y medio con la misma fuerza que la pareja gobernante rompió el equilibrio que hasta ahora habían mantenido entre sus aliados del socialismo del siglo XXI por un lado y por otro, con el sector privado, Estados Unidos y la comunidad internacional. Los últimos actos de

Ortega liquidando a la oposición, radicalizando su discurso antimperialista y cerrando puertas al diálogo político con los empresarios, ha despertado el consenso nacional e internacional de que las cosas se están poniendo mal, que no están igual que hace tres meses.

Un artículo del Diálogo Interamericano que se titula La economía vs. la democracia de Ortega, lo explica con acierto de la siguiente manera: “Si observamos otros países de América Latina en que se ha suprimido la democracia, y se ha roto ese contrapeso incluyendo el sector privado y Estados Unidos, ejemplo Venezuela y Ecuador, Nicaragua debería de preocuparse en serio. El futuro económico de todo país se protege con instituciones sólidas para poder sortear los golpes al sistema económico, independientemente de quien gobierne”.

Me pregunto, ¿cuánto peor se va a poner con una farsa electoral como la que ya vivimos en 1984? Al igual que en el somocismo, en esas elecciones del gobierno sandinista, los partidos independientes fueron eliminados a punta de represión. La oposición en la Asamblea aniquilada. Los poderes del Estado estaban al servicio del partido, no contábamos con instituciones públicas independientes, existía censura de prensa y así fueron sin verdadera oposición a las elecciones para consolidar la dictadura del partido único y la confusión Estado, Ejército, partido.

¿Qué paso después de la farsa del 84? Ortega se entró radicalizándose, atizó la guerra y vivimos la película que hoy vive Venezuela: un desastre económico completo, disturbios por todos lados, los supermercados vacíos, colas para todo incluyendo gasolina, una economía contraída 10 por ciento cada año, gobierno sin dinero ni para imprimir, inflación de más del 700 por ciento, graves carencias médicas, desorden en todas partes y el gobernante, gobernando por decretos al amparo de las fuerzas del orden público.

La próxima farsa electoral no es más que el estreno de un segundo capítulo de esa película del 84, con nuevos actores y en otro contexto que se podría titular: la segunda y última caída de Ortega. Ya lo hizo una vez cuando por el caos económico en que metió a Nicaragua y el consenso nacional e internacional en su contra, se vio forzado a llamar a elecciones libres anticipadas.

Faltan poco tiempo para que el danielismo tenga que volver a ceder el trono a la voluntad popular en libertad y vuelvan a salir derrotados en elecciones libres como las de 1990. Esta vez para siempre, porque el sistema está agotado y además, a los setenta, el cuerpo también tiene sus tiempos, a pesar del dinero y del poder imperial absoluto.

La autora es periodista.